

CRISTOBAL MATAIX

Administrador

REDACCIÓN - ADMINISTRACIÓN
CERVANTES, 19.-SAN AGUSTÍN, 6.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

	6 meses	1 año
Provincias.....	60	100
Portugal.....	750	1200
Unión Postal.....	10	20
Extranj.....	15	30

TELÉFONO NÚM. 2.271

EL ACTO DE AYER

Uno viejo en odres nuevas

Lo que se esperaba.

Durante dos horas y media la magnífica palabra del Sr. Maura candeló en el Real, con justificado deleite de la trepidante asamblea de adeptos reunida para admirar el verbo del prodigioso orador. El antiguo jefe de los conservadores hizo ver, y ello no sorprenderá a nadie, que conserva la plenitud de sus facultades oratorias y que su pensamiento no ha perdido ni un ápice en agilidad y robustez. Pero, ¿satisfecho de ver plenamente a su auditorio? ¿Respondió a la expectativa que el anuncio del discurso despertara? Dudamos de que pueda responderse con la afirmativa. Y no porque el mérito de la letra fuese inferior al de la música, sino porque el Sr. Maura vistió con la púrpura de su elocuencia cosas que ya han llegado a ser lugares comunes, porque sus entusiasmos, la mayoría del auditorio, fueran estocados de fondo contra los afines y no botanizos de sala de escama.

Muy hermoso el ropaje externo de la prédica; muy bien torneadas, pulimentadas y acicaladas las verdades sobre los males de la política nacional. Pero... el señor Maura hablaba a convencidos, revelando lo que es un secreto a voces: ¿Qué español no habrá saboreado decientos artículos de fondo sobre esos mismos temas y con esas mismas verdades? Vino viejo en odres nuevas. Con dichos elementos es harto difícil componer ya un discurso memorable, porque nadie, ni aun disponiendo del luminoso verbo del Sr. Maura, puede de superar, ni igualar las insignes dicesiones que hicieran Pícaro y Costa. Sobre todo, cuando se recuerda que el preopinante ha sido presidente del Consejo y que su vigorosa personalidad política se impuso de manera todopoderosa durante largo período de tiempo. Porque todos, aun los más fieles adeptos, podrán preguntarse: ¿Qué transformación honda, radical, definitiva debe la política patria a D. Antonio Maura?

Lo decimos con pena, porque admiramos mucho la elocuencia del diputado mallorquín; todos esos males, que cada período señalara desde su aparición, no tuvieron cura cuando la voluntad omnímoda y el férreo patriotismo del Sr. Maura imponían dirección a casi toda la política hispana. Se buscaron remedios parciales, se fué combatiendo de modo aislado lo que eran síntomas de un mal común, y hoy sigue todo lo mismo, o casi lo mismo, salvo esas mejoras fragmentarias, que antes de haber sido el Sr. Maura presidente del Consejo y ministro universal. ¿Cómo, pues, producir un gran discurso basándose en una crítica de males conocidos, que persistieron durante la etapa ministerial del orador, y que le legó a sus sucesores, simplemente atenuados?

Pero, si al aventurarse por ese terreno, peligrosísimo para todo el que ha gobernado, pudo creerse que buscaba el señor Maura proyectiles arrojados contra los que aceptaron las responsabilidades del Poder cuando él no quiso pechar con ellas, los fervorosos adeptos de D. Antonio debieron sufrir un desengaño. Y, sin duda, grande. No hay sino ver con qué aforzada fruición subrayaban con ovaciones cualquier alfilerazo, cualquier botanazo, en espera de las declaraciones sensacionales.

Pero terminó el discurso, y sus ilusiones debió llevarse el aire frío de la calle. No se había producido el tembloroso ataque a fondo. Sansón no derribaba las columnas del templo. En vez de surgir explosiones mortíferas de 42 varas el ataque a la fortaleza conservadora, se habían aportado fuertemente cervatanas.

Los defectos que el Sr. Maura ve en los conservadores de hoy, son los mismos que tenían ayer, cuando el «Nosotros somos los otros» abrazaba amistosamente a los mismos que ahora señala de reproches. Todo aquello que el Sr. Maura de Maura flageló al Estado Mayor de sus sucesores, puede aplicarse a muchas de las personalidades que el Sr. Maura sentó consigo en el banco azul. ¿Cómo pudo descomponerse de olor persona tan inteligente? No es fácil comprenderlo, sin duda, le era preciso para defender la tesis que viene sustentando: «España, la España pura, soy yo y los que están conmigo. El resto es desordenado, y para sembrar, entre la magna florista de su prosa, algunos cardos en que se puzan los que estaban en el cuando él estaba en su sitio, y a cuya vista se desbordaba el entusiasmo de los que reclamaban acometividad, fuerza, lucha implacable...

Pero, entonces—preguntarán algunos—¿es que no hubo nada importante en esa oración trinitaria? Sí. Además de lo dicho de la forma, que dio cauce a juicios que son de dominio público; además de frases como aquella de que «el turno de los dos partidos es el régimen en que unos tienen el grito y otros el vaso...» y que produjeron tempestades de aplausos en los ansiosos de pelea, hubo la indicación de que debe formarse un partido de Gobierno a base de las simpáticas Juventudes mauristas y de las extremas derechas. Y hubo también frases admirables, definitivas para exponer los derechos de España sobre Tánger, y la necesidad de que Tánger sea española. Esa nota justificó por sí sola el discurso, y le da realce extraordinario. Pero aún le añadía otra: que será muy discutida y que viene a aparecer con la del conde de Romanones: Neutrale, pero en íntima inteligencia con Francia é Inglaterra.

Contribuyó esto, como algunos maliciosos apuntan, a la silenciosa frialdad con que se acogiera el término del discurso? Es posible y hasta probable. Pero, a nuestro modesto parecer, lo que más entrió los entusiasmos fervorosos trópicos por los ataques a los afines de ayer, fué la carencia de bomba final. Los alfilerazos de antes eran, a juicio de muchos, meros entrecosmos; el plato fuerte, el plato de gusto,

vendría al final. Y no vino. De ahí la decepción de los entusiastas.

Los que hoy busquen regalo artístico en las transcripciones taquígraficas del discurso del Sr. Maura, no se sentirán defraudados. Los que quieran hallar en la obra del orador excelso un programa de Gobierno, algo que sirva para ungar al nuevo partido, y para hallarle solución a los gravísimos problemas que plantea la realidad presente, habrán de llamarse a engaño. El primer discurso es solamente una oración de mitin, donde se esforzaba de pasada muchas cosas y no se profundiza en ninguna de las que afectan de veras al país en sus realidades de ahora.

Así, el Sr. Maura no dijo palabra alguna de las que necesita nuestra organización militar. Dijo—aparte de lo de Pánger—cuatro palabras inequívocas sobre el grave problema de Marruecos, y otras tantas sobre el statu quo en el Mediterráneo. Tocó a la ligera lo relativo a la posición de España ante el actual conflicto... En un discurso de dos horas y media, apenas si absorbió quince minutos el examen de las gravísimas cuestiones que nos plantea la guerra, cuando son casi las únicas que hoy deben privar en las esferas políticas. En ello vemos la principal inanidad del brillante discurso, y lo que debe reprochársele al magno orador, pues todo lo que concedió atención preponderante está más que dilucidado, mientras que lo tratado a la ligera, o no tratado, es lo que necesita examen amplio, minucioso, documentadísimo.

¿Luego?... Con todo el respeto debido al hombre político, insistimos en un parecer nuestro. Ese discurso no es el de un estadista, como nos es el de un luchador; es el alegato de quien aspira a recobrar una posición perdida; es, tanto para los que esperaban emociones fuertes, como para los que querían un discurso de gobernante a la europea, un plato de guerra sin ternura. A los hombres que valen lo que el Sr. Maura se les deben estas sinceridades.

POR TELEGRAMA

LOS MINEROS ASTURIANOS

Oviedo 22 (9 m.) La Asociación de mineros asturianos pertenecientes a la Hulla española ha presentado a los patronos las peticiones de la jornada de ocho horas y del jornal regulador para los destajistas.

La Asociación obrera industrial del Sindicato de mineros socialistas, que también tiene presentadas otras peticiones.

Hoy se reunirán los patronos para tratar de las peticiones de los socialistas.—C.

LO QUE HACE EL GOBIERNO

EL DIA DEL PRESIDENTE

Consejo en Palacio. Discursos y proyectos. De Melilla. El discurso que pronunciará Dato. Visitas.

En Palacio se ha celebrado Consejo de ministros, presidido por el Rey.

Según la versión dada por el Sr. Dato a los periodistas, en su discurso de exposición ha dado cuenta al Monarca de los pronunciamientos por los señores conde de Romanones y Maura y de los proyectos que tiene en estudio el ministro de Hacienda, que serán examinados en algunos Consejos próximos, para lo cual necesitará el Gobierno reunirse en lo sucesivo con más frecuencia.

Esos proyectos se refieren principalmente al consorcio de Bancos y a las facilidades para el establecimiento de industrias nuevas, y también a algunos estímulos que puedan contribuir a aumentar la producción en las otras industrias, como la de los carbones, indicando sobre esto las líneas generales expuestas por el ministro de Hacienda.

También ha informado a S. M. de las noticias e impresiones transmitidas por nuestros representantes diplomáticos en el extranjero y de los telegramas de Marruecos, que no acusan novedad.

Uno de Melilla, dice que los infantes don Carlos y don Luis inauguraron ayer el ferrocarril de Zeluán a Monte Arruit, habiendo impuesto el infante D. Carlos la cruz roja del Mérito Militar al ingeniero Sr. Neira, que ha dirigido las obras.

En Arruit desfiló la granición ante los infantes, maniobrando la Caballería. Luego visitaron la posición de Tiguente de Titudin, donde fueron cumplimentados por varias fracciones de los benibuyas.

Al regresar a la población, fueron aclamados.

Terminado el Consejo, el Rey ha firmado decretos de varios departamentos.

Los periodistas han indicado al presidente que algún periódico le atribuye el propósito de pronunciar un discurso político el próximo día 30, en el Círculo conservador.

El Sr. Dato ha dicho que, en efecto, hablará, no el día 30, sino dos días después.

El día 30 se elegirá la nueva Junta directiva del Círculo, y hay la intención de nombrarle al presidente.

Si esto ocurre—ha dicho el Sr. Dato—cuando dos o tres días después tomemos posesión, yo pronunciaré un discurso para dar las gracias, como han hecho todos los presidentes.

Claro está que tratándose de un Círculo político, político también ha de ser el discurso.

Y recogerá usted lo dicho por el señor Maura?—le han preguntado.

—Naturalmente; sobre todo, en lo que hay de censuras al actual Gobierno y a su gestión, como recogeré también lo que ha dicho el conde de Romanones, es lógico que los hombres políticos hablen en la plaza pública, y cuando hablan, lo hacen para dar orientaciones, y tienen derecho a que todos prestemos atención a sus palabras.

—Y a Melquíades Álvarez?

—Si me diera tiempo de conocer su discurso antes de que yo pronunciara el mío, también recogería las alusiones que nos dirigiese.

Un periodista republicano ha advertido al presidente que ayer, en el teatro Real, no se oyó ningún viva al Rey.

El Sr. Dato ha replicado:

—Pues todos los que estaban en el Real eran mauristas.

Con esto ha terminado el diálogo entre el presidente y los reporteros.

Entre las personas que han visitado hoy al jefe del Gobierno, figuraba el alcalde de la Coruña, Sr. Ozares, que iba a gestionar varios asuntos de interés local.

EUROPA EN GUERRA

Operaciones paralizadas en el frente oriental

Italia llama a sus nacionales en el extranjero

LA GUERRA AL DÍA

Resumen de la jornada.

En Francia y Bélgica, nada señalado. En el Este, ídem íd.

Sólo hay algo en los Dardanelos: averías en un acorazado inglés y en un destructor. Han salido de El Cairo para Alejandría las tropas inglesas y australianas que un día de estos saldrán del último punto para cooperar al forzamiento del famoso estrecho.

No es mucho, ¿verdad?

Francia y Bélgica

Parte oficial francés de anoche.

PARÍS 21 (11,45 n.) El comunicado de esta noche dice así:

«En Bélgica, el ataque que se produjo contra las trincheras conquistadas por las tropas británicas en la zona de Zootelen, fué rechazado. Las bajas ocurridas en este punto desde el día 17 son tres ó cuatro mil.

En la Champagne, cerca de Ville-sur-Tourbe, los alemanes intentaron atacar; pero nuestra artillería les impidió salir de sus líneas.

En el Argonne, cerca de Bagatelle, un ataque local, pero débil, fué detenido en seco por nuestro fuego.

Entre el Mosa y el Mosela hemos rechazado diversos ataques de importancia desigual, algunos de los cuales no eran más que reconocimientos; uno en el bosque de Alfilly, cinco en el bosque de Mortmare, otro en el bosque de Le Pretre.

Hemos atacado el Norte de Elirey y hemos tomado una nueva trinchera alemana, donde nos hemos instalado, uniéndola a las que anteriormente habíamos conquistado.

Nuestro avance en los últimos días alcanzó así sobre el frente continuo más de 700 metros.

El enemigo ha dejado más de 300 muertos en el terreno.

En Lorena, combate de artillería. En Alsacia hemos rechazado fácilmente, al Este de Hartmannswiller, un ataque preparado con fuego violento de artillería.

Nuestros aviones han bombardeado, en el Oeste, el Cuartel general del general von Straub y unos convoyes, y en el gran duque de Baden, en Lorbach, una fábrica de transformación eléctrica.—Delavigne.

Comunicado oficial alemán.

ROMA 22 (1 m.) El gran Cuartel general alemán dice que cerca de la ciudad de Reims se dividió de nuevo una batería francesa, contra la que fué dirigido el fuego alemán.

Fracasaron con grandes pérdidas los ataques franceses emprendidos cerca de Four de Paris, Flirey, Metzger y Sondernach.

Los alemanes ganaron terreno en el bosque de Le Pretre.—Matti.

Más refuerzos alemanes.

PARÍS 22 (9 m.) Dices de Amsterdam que han pasado por Lieja 80 oficiales alemanes, que marchaban destinados a los Carpatos y, en cambio, han llegado a Mons 50.000 soldados, procedentes del interior de Alemania, para reforzar las tropas del frente occidental.—Delavigne.

Los ferrocarriles belgas.

PARÍS 22 (7,30 m.) Comunican de Amsterdam que los alemanes no sólo han reconstruido la mayor parte de los ferrocarriles belgas, sino que han construido además otras líneas nuevas desde Aix-la-Chapelle a Bruselas, por Visé.—Delavigne.

Crónica de París

La fiesta del Rey Alberto.

Cuando se habla de Bélgica, la gran patria, tres cuadros surgen sucesivamente, candentes, en mis retinas, cual si fueran presentes:

Fines de 1913.—Celebrase en Gante la clausura de la Exposición universal é internacional. Miles de extranjeros hemos llegado de Francia, de Inglaterra, de más lejos. En las avenidas de la inmensa ciudad blanca que va a cerrar sus puertas, mezclados con las densas muchedumbres de plácidos flamencos y bulliciosos valones que vienen a beber ahí los últimos tragos de «faros» de «ambrosia», repasando las fachadas de los soberbios palacios que serán demolidos desde el día siguiente, no observamos, sin embargo, esa vaga tristeza de clausuras millares, que parecen despedidas a seres queridos, alejamientos definitivos y volvidos que querencias. El Rey ha muerto? (Vive el Rey), decían en Versalles; así los ojos belgas parecen decir: «La feria se cierra; siga la hermesse!». Y quien hubiera podido trasladarse a las otras grandes Metrópolis belgas, a Bruselas ó a Amberes, a Lieja ó a Namur, a Mons ó a Bruges, que no es ya de «la muerte», sino la «resucitación», a los emporios estíves, como Ostende sobre el mar y Spa en el monte, a cualquiera de esas ciudades que, a pesar de ser tan antiguas, con fragancia tan propia y tan distinta, no obstante que apenas media entre ellas una hora ó dos de ferrocarril; quien hubiera podido abarcar toda Bélgica con la vista, hubiera contemplado doquier el mismo cuadro optimista, digno de Jordans: entre los desfiles de músicas y de estandartes, la gente, saboreando el goce de vivir en el más dichoso y sociable de los países, en el más poblado, productor, barato y saludable. ¡Ah! ¿Qué afirmo el contenido belga? Al día siguiente, en la Exposición de Gante, pasa el Rey Alberto dominando con alta estatura el enjambre de la concurrencia, y con la sencillez de su uniforme, los entorchados y penachos de su séquito; pasa el Rey Alberto reflejando en el cristal azul de sus ojos como una niebla de ensueño. Es el único grave entre la desbordante alegría; el único preocupado entre la general despreocupación. Y su porte es tan digno y tan solemne, que instintivamente todos los extranjeros nos inclinamos, llevando muy bajo el sombrero. Y un belga que lo nota y se sorprende de tal actitud en circunstancias que hablan idioma que él no entiende, nos dice tímidamente, señalando al Rey: «Es muy serio; pero es un buen padre de familia y trabaja mucho».

Fines de 1914.—En Funes, la ciudad medieval, iluminada en la tarde de pavor, el viento por el oro pálido de una luz cimeña. La lluvia cae fuertemente, como un río. En la vieja plaza, que parece el inge-

mo escenario de un cantar de gesta, se estrechan multitudes, que esta vez no riñen; gran parte está vestida de luto; otra buena porción está formada por los heridos de la guerra, mancos, cojos, tullidos, contusos, cabezas cubiertas de vendas y miembros dolientes; el resto del público, naturales del país, los pobres campesinos, los harapientos y desahogados, pero sin ademanes de mendigos; todos están amantados de frío. Presenciamos el primer desfile de las tropas que aún quedan después de la retirada de Amberes, y la jura de la bandera por el nuevo quinto. Al son atrometado de los tambores, y entre el claro canto de las cornetas, pasan los batallones maltrechos de veteranos y los bisños pelotones de reclutas.

En la columna de la holgura de los capotes, el barro que deslustra los uniformes, las caras lacrimosas con el continuo azotar de la lluvia, les da aspecto de naufragos; pero de sobrevivientes que anima un nuevo soplo de vida y que quieren ir de nuevo al combate, bajo el protector alero de los estandartes. El Rey Alberto está de pie, sobre un estrado, soberanamente solo ante un amurado grupo de edecanes; viste como un simple soldado; sobre su pecho sólo brillan la cruz de Leopoldo y la medalla militar de Francia; y siempre velan sus ojos azules las nieblas de un ensueño. Cada vez que pasa un estandarte, saluda lentamente y continúa después inmóvil como una estatua. Por fin, cuando llega el turno de la bandera del nuevo regimiento de reclutas, el Rey avanza, coge el paño de la bandera, se inclina, y como si quisiera dejar allí su aliento, la besa con un inabarcable beso. Y entonces el pueblo, silencioso, que ha comprendido, ese pueblo prosero y acorralado, que todo lo ha perdido, el hogar y la fortuna, sus ciudades y sus campos; ese pueblo, enlutado y claudicante, agita sus brazos, sus vendas y sus paños, y presuncionan en «¡Viva nuestro Rey! ¡Viva Bélgica!», que parte el alma.

Principios de 1915.—En las playas de Newport, Ha terminado la tremenda batalla del Yser, inundando los estuarios, disputando palmo a palmo los raras pasajes elevados, batiéndose día y noche durante tres semanas, y mermando las filas enemigas de cien mil hombres, según se afirma, la batalla ha detenido la invasión alemana y conservado libre un jirón del territorio. Acabo de ver entre Ypres y Malo-le-bains las nuevas reservas, formadas de jóvenes escapados de la Bélgica cautiva, y que han llegado en grupos compactos a enrolarse voluntariamente; son tan marciales y decididos como los veteranos. Nunca tuvo Bélgica Ejército más numeroso ni más entusiasmado, granderosos, infantiles, cazadores a pie y a caballo, lanceros, gnias, formaciones sanitarias y también aviones, artillería pesada, automóviles blindados, ametralladoras por miles, nada falta, ni la entereza que dan recientes victorias. De los 98 kilómetros que ocupa exactamente la línea de fuego de los aliados, del mar del Norte a Suiza, los belgas se extienden en más de 30, con triple línea de trincheras y fuertes, una capa de agua, cada vez más profunda, que vuelve insositas todas las tentativas del enemigo para avanzar más adelante.

Se espera sólo la primavera, la llegada del nuevo contingente inglés para atacar a su vez y liberar toda Bélgica. Mientras tanto, esa centinela mañana, paseándose en las verdosas playas del litoral belga, aún libre, deteniéndose a pie y a caballo, lanceos, gnias, formaciones sanitarias y también aviones, artillería pesada, automóviles blindados, ametralladoras por miles, nada falta, ni la entereza que dan recientes victorias. De los 98 kilómetros que ocupa exactamente la línea de fuego de los aliados, del mar del Norte a Suiza, los belgas se extienden en más de 30, con triple línea de trincheras y fuertes, una capa de agua, cada vez más profunda, que vuelve insositas todas las tentativas del enemigo para avanzar más adelante.

Esos sitios de la Panne y de Furnes evocan, por lo demás, comparaciones históricas emocionantes. Una radiosa mañana de 1837 llegó ahí de Danquerke, en bedlina, con cuatro caballos y acompañado por brillante escolta de oficiales franceses é ingleses, el primer Rey de Bélgica, Leopoldo I. Las grandes potencias lo habían designado para gobernar el flamante Estado independiente que, gracias a esfuerzos sobrehumanos, había logrado separarse de los Países Bajos y liberar las nueve provincias flamencas y valonas empapadas de pura savia latina, de catolicismo y de democracia. A tres kilómetros de la frontera, donde los funcionarios belgas recibieron a su Rey en la calzada que va de Ypres al mar, hay una modesta posada, en la que Leopoldo I descansó una hora antes de la solemnidad en Furnes, donde esperaba una muchedumbre ávida de conocer y apurar a su Soberano. Ochenta y cuatro años después, el paisaje no ha cambiado y el Rey Alberto, nieto de Leopoldo I, va también a la misma posada a descansar de sus largos días de combate, de sus noches de insomnio, antes de reconquistar su territorio, del que sólo le quedan algunos villorrios, algunos prados en el campo de playa y Furnes, la primera ciudad belga que Leopoldo I visitó, la última en que su nieto puede sentirse sobre suelo propio.

Todo, por lo demás, parece novelesco en la vida de este Rey, que inspirará seguramente más de un poema. No nació para gobernar; era seguidor, y mientras vivió su príncipe, el príncipe Baudouin, Alberto se preparaba modestamente al papel secundario de oficial de Ejército. La misteriosa muerte de Baudouin hizo salir al segundo de la sombra; pero sin que él pareciera darse cuenta de otra cosa que de los deberes que le imponía la Corona.

Pero, contrariamente a otros príncipes que se absorben en sólo el arte militar, Alberto estudió otros, cursó en el Instituto de Sociología Solvay, frecuentó la Universidad de Bruselas, emprendió largos viajes y verdaderas expediciones, se entrecorrió en todos los deportes, sobresaliendo en el que los sintiza: el alpinismo. Fué en una de esas excursiones en los Alpes bávaros, donde encontró la digna esposa que tiene, la que comparte con él las miserias de la invasión y las bendiciones de su pueblo.

Los dos predecesores de Alberto fueron grandes y ejemplares Reyes. Al primero se le conoce con el título de «Consejero de Europa». Al segundo, al genial Leopoldo II

que era más que extraordinario businessman, debe Bélgica su portentoso desarrollo comercial é industrial, gran número de monumentos artísticos y obras públicas, la reorganización del Ejército y la colonia del Congo. Alberto I—que Leopoldo II admiraba—declaró, desde su advenimiento, ser, por su parte, tan sólo un «continuidador», y nunca se le ha visto querer salir de ese papel obscuro de «reemplazante».

La modestia parece, por lo demás, afectar todos los actos del joven Rey, se nota esto hasta en sus retratos. Ved cualquiera de ellos—aquí se les encuentra ahora hasta en los más humildes hogares—; el Rey Alberto, siempre descubierto, se presenta con un llano uniforme, más civil que militar; ninguna afectación, ninguna postura teatral amengua la impresión de sencillez y de placidez que deja la imagen de ese príncipe que ha demostrado, sin embargo, ser un gran capitán, un héroe bien templado y un legendario conductor de hombres.

Todos saben, en efecto, que el ataque de Lieja—las modernas Termópilas—fue una sorpresa para el mismo pueblo belga. Al abrigo de la heroica resistencia de esa ciudad, Alberto I improvisó un Ejército. Y en lo sucesivo él fué para el pueblo el más querido de los héroes. En la de Malinas, se le ve bajar a una trinchera, bajo un infierno de obuses, y manejar el fusil como un soldado ruso. Cerca de Wallhem, un schrapnell estalló a sus pies. Alberto cae por tierra, pero se levanta más impávido que nunca y continúa dirigiendo el ataque.

En Hólstre, una compañía, cegada por la batalla, se detiene y amenaza volver cansada; pero el Rey avanza, toma su comando y vuelve a lanzarla, con tal brío, que logra conquistar los reducidos enemigos. Y así, en cien combates desde Lovaina, hasta Ypres, pasando por Amberes, donde la destrucción de las fuertes y la traición entregaron la ciudad a los alemanes; pero, por su parte, el Rey, y sin el Ejército, que los atacantes contaban con hacer cautivo completamente.

Hoy celebran aquí todos el aniversario de Alberto I, y hasta observan los recuerdos de ese pueblo, las ingenuas manifestaciones de los más infelices, para convencerse que Alberto I es el más popular de los Reyes y aun de los jefes de Estado. Se sabe, en efecto, que Jorge de Inglaterra, Nicolás de Rusia y el mismo Poincaré, de Francia, son jefes de Estado muy dignos y desinteresados; pero permanecen a salvo en sus capitales, en sus palacios, donde nada les falta, y limitan sus manifestaciones a pronunciar discursos y lanzar proclamas. Y el pueblo distingue y admira al solo Soberano que se bate de veras, que arriesga su vida en las zanjias y en los ataques, que corre iguales peligros y con los mismos sacrificios que el más obscuro de sus soldados. ¡Ah!, si Alberto I es el más popular de los jefes de Estado en la república Francia, y nada se exagera cuando se dice que su fiesta es una fiesta nacional.

PEDRO E. PAULET
París, 4 de abril de 1915.

La lucha en el Este

Parte oficial ruso.

PARÍS 22 (1,25 m.) De San Petersburgo telegrafían el siguiente comunicado oficial: «Hemos rechazado los ataques ejecutados por el enemigo en la Galitzia, cerca de Gorlice, y en los Carpatos, en la región de Verkhnia-Yablouk».

También nos rechazamos en Polen un ataque excepcionalmente tenaz, siendo las pérdidas del enemigo muy grandes.

Los aviones alemanes han bombardeado Bialostok, causando varias víctimas entre el elemento civil de dicha población. Un «zeppelin» ha bombardeado Tichanow, no produciendo ningún destrozo.—Delavigne.

Comunicado oficial alemán.

ROMA 22 (2 m.) Telegrafían oficialmente de Berlín que la situación sigue estacionaria en el teatro oriental de la guerra.

Como respuesta al lanzamiento de bombas realizado por los aviones rusos sobre Inspruburg y Gumbinnen, los aviones alemanes han lanzado 150 bombas sobre el campamento ferroviario de Bialostoy.—Matti.

Agencias de matrimonio.

ROMA 22 (8 m.) Dices de Berlín que se han constituido en aquella capital y en otras poblaciones importantes, las Agencias para gestionar el casamiento de las viudas de oficiales y soldados muertos en campaña.

La propaganda de estas Agencias constituye un verdadero escándalo.

Los periódicos berlineses piden a las autoridades locales energías para impedir esta industria, que ofende el sentimiento moral de la nación alemana, precisamente en los momentos en que mayores pruebas de patriotismo y de abnegación está dando el pueblo germano.—Matti.

Parte oficial austriaco.

ROMA 22 (8 m.) El parte oficial del Estado Mayor austro-húngaro dice que la situación no ha variado en todo el frente. Sólo se han registrado combates aislados de artillería.—Matti.

Tregua forzosa.

LONDRES 22 (8 m.) Dices de Bucarest que el general von Hindenburg se halla en los Carpatos inspeccionando el frente austro-alemán.

El deshielo ha impuesto a los beligerantes una especie de tregua.—Llanos.

El ataque a los Dardanelos

Para facilitar el desembarco.

SAN SEBASTIÁN 22 (10 m.) Dices de Arachón que todos los buques movidos a vapor y con gasolina, de poco calado, han marchado a los Dardanelos, a contribuir al desembarco de tropas.—Cruz.

Barcos ingleses con averías.

ROMA 22 (1,50 m.) Un despacho de Constantinopla dice que en el ataque contra los Dardanelos, emprendido anteayer por los aliados, sufrieron averías el destructor inglés Renard y el acorazado London.

De Atenas confirman que el torpedero turco Timur Hisar, que varó cerca de Kios, fué rescatado por los buques ingleses en aguas territoriales de Grecia.—Matti.

Con rumbo a Levante.

ALGERIAS 21 (10 n.) Esta tarde han atravesado el Estrecho, con rumbo a Levante, varios buques de guerra, que se supone sean de nacionalidad francesa.—C.

Concentración de las tropas aliadas.

LONDRES 22 (12,30 m.) Según comunican de El Cairo, efectuándose en Alejandría la concentración de las tropas anglo-francesas han salido para este último punto las fuerzas austríacas y zelandesas, habiendo sa-

lido ya varias unidades para los Dardanelos. En el puerto de Alejandría hay muchos transportes y barcos de guerra.

Con este motivo están paralizadas las operaciones de carga y descarga de los buques mercantes.—Llanos.

En Inglaterra

Explosión en un arsenal.

LONDRES 22 (9 n.) En el Arsenal de Woolwich ha ocurrido una gran explosión, ignorándose la causa de la misma.

Los daños materiales han sido de escasa importancia.

Resultaron heridos tres obreros.—Llanos.

Crónica de Londres

La avalancha moscovita.

This image shows a blank, aged, cream-colored page, likely an endpaper or flyleaf of a book. The paper has a slightly textured appearance with some minor discoloration and a dark, irregular stain along the bottom edge. There is no text or other markings on the page.

